

CUADERNILLO  
DE POESIA  
COLOMBIANA

CARLOS MAZO



*Nro. 54*

Ediciones de  
"UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA"

## CARLOS MAZO

Por Hernán Echeverri Coronado

Carlos Mazo es una de las cifras más altas de la literatura nacional. Su sitio está al lado de Gutiérrez González, Epifanio Mejía, Eustasio Rivera, Ricardo Nieto, Julio Flórez, etc.

Los versos de Mazo, son de lo más tierno, suave, delicado, profundo, armonioso y perfecto, con que pueda contar nuestro parnaso. Su poesía reúne tales cualidades de estilo, inspiración, originalidad, sensibilidad e imaginación, que se hace imprescindible en cualquiera buena antología de poetas colombianos.

El es un valor en poesía castellana. Su inspiración sólo puede compararse a la de Flórez, Pombo y Mejía. La imaginación de este ignorado vate es portentosa. Leyendo sus poemas, a cada paso queda uno enceguecido y deslumbrado por la brillantez de las imágenes. Tanto, que algunos de sus críticos se atreven a censurar el recargo de éstas, en composiciones como el "Canto al Atrato" —lo más bello que se haya escrito a ríos en Colombia— y el "Canto a Gregorio Gutiérrez González". Mazo tenía un estilo propio, cosa muy difícil de lograr, y una manera suya de ver las cosas, que lo hace original en mucha parte de su producción, aunque en algunos poemas puedan advertirse ligeras influencias.

Sin embargo, por sobre todas estas cualidades hay una, que es la que más lo caracteriza y eleva: la musicalidad de sus versos. Y ese sello de sonoridad con que él distinguía cada verso suyo, no se encuentra en la obra de muchos de sus colegas.

Eustasio Rivera, tiene en Mazo un émulo serio. Aunque la obra de éste como paisajista es menos extensa, ella tiene todo el encanto, la belleza, la perfección y la fuerza descriptiva de Rivera en los immaculados sonetos de "Tierra de Promisión".

Entonces, cómo es posible, se preguntará el lector, que este poeta sea casi desconocido? La pregunta, que a simple vista, deja a uno perplejo, y que puede extenderse a infinidad de casos, tiene su respuesta. Yo he tratado de hallarla, y entre los varios motivos que me satisfacen, y que no debo analizar aquí, destácase uno que es de dominio popular: la gloria, esa rara y codiciada flor, que tantos ensueños pone en la mente del hombre, sólo crece lozana sobre los sepulcros. Sólo cuando de él no quedan más que cenizas, el olvido y la proscripción de su nombre, ceden el campo a la fulgente aureola de inmortalidad, que ya no lo abandonará. Por eso, diez y siete años después de muerto Mazo, "el último lírico de Colombia", quien puso "broche de oro" a la etapa del romanticismo nacional, empieza a revaluarse su obra y a reivindicarse su nombre. Revaluación y reivindicación, siempre oportunas, y jamás extemporáneas, porque debemos juzgarlo de acuerdo con la época, pues si su escuela pasó de moda, la belleza será actual eternamente, y él la aprisionó en sus versos.

## CANTO AL ATRATO

Te hablo aquí, de la ciudad bañada  
por tu espesa corriente aletargada  
en la quietud profunda de un remanso...  
De la ciudad que a tí se inclina, como  
si se inclinara sobre el ancho lomo  
de un gran león adormecido y manso.

¡Qué hermoso eres! Bajo el palio inmenso  
del cielo occidental, por entre un denso  
cortinaje de selvas invioladas;  
ebrio de ensueño, pleno de infinito;  
saludado en tu marcha por el grito  
de las hirsutas fieras asombradas;  
vas recorriendo la región ceñuda  
que circuyen las crestas de los Andes,  
sin un solo rumor, con una muda  
profundidad, como las almas grandes...!

Sus tempestades tiene el Amazonas  
que rompe cascadas y desgarras lonas,  
corre el Sinú con vigoroso aliento;  
el Cauca impulsa su caudal violento;  
ruge el San Juan entre peñones altos,  
y arrastrando su clámide de arena,  
como un bravo corcel el Magdalena  
su paso altera con rebeldes saltos.  
Tú, nó... Ni el banco traicionero y fuerte,  
ni hondo remolino en que la muerte  
acecha en espirales de culebra;  
ni la ola rabiosa que se quiebra  
contra la roca, incommovible y dura...  
Tranquilo y suave y apacible y lento,  
pasas como un sencillo pensamiento  
por una mente immaculada y pura.

El cielo se ennegrece: nubarrones  
inmensos, llegan en oscuro enjambre  
como águilas que buscan en legiones  
con qué saciar los ímpetus del hambre.  
Rompe la lluvia su ánfora crujiente,  
rebrama el huracán, revienta el trueno...  
Mas tú, impasible, espléndido y sereno,  
te vas hinchando silenciosamente...  
Y sigues entre espumas multiformes,  
sin voces de pavor, ni aullidos roncacos,  
meciendo dulcemente los enormes  
cadáveres de ramas y de troncos.

Es la mañana... Su primer reflejo  
al esparcirse en tu caudal profundo,  
te torna en un maravilloso espejo  
donde pudiera contemplarse el mundo.  
Mas si la brisa a acariciarte llega,  
tu seno en una convulsión se pliega,  
tiembla y se arruga sin cesar tu cara,  
y ondulas y te agitas y estremeces,  
como si a flor del agua palpitará  
toda tu enorme multitud de peces.

Es la hora triunfal del medio día:  
Fulge el sol como un ascua abrazadora.  
Arde la tierra. En la región bravía  
nada turba el reposo de la hora...  
Tan solo en la callada lejanía,  
donde se inclina por besarte el cielo,  
rema con lentitud una canoa,  
fija en el puente la anhelante proa,  
como un dolor en busca de un consuelo...  
Y en medio tú del cálido bochorno  
brillas bajo la bóveda escondida,  
como cinta de plomo derretida  
entre la intensa claridad de un horno.

Es el ocaso. El sol, en su agonía,  
al trasponer su trágico lindero,  
te convierte en único heredero  
de los tesoros de su pedrería.  
Y vierte sobre tí sus ideales  
racimos de fantásticos corales,  
los esplendores del "topacio gualda",  
el fulgor del zafiro somnoliento,  
la suavísima luz de la esmeralda,  
y el llanto rojo del rubí sangriento...!

Y así con rumbo perezoso y blando,  
bajo la brisa que tus ondas peina,  
te ocultas en la noche, fulgurando  
como el cofre de alhajas de una reina.

Y eres, cuando el misterio de la luna  
derrama en tí su luminoso lampo,  
como una inmensa y pálida laguna  
en la infinita soledad del campo.

La ciudad duerme. Místico momento  
del rito nocturnal. Nada se escucha...  
La selva calla... Se ha apagado el viento...  
En una lejanísima casucha

un trémulo fulgor apenas brilla.  
Y los árboles altos de tu orilla  
al destacarse en el confín incierto,  
fingen en mis fantásticos delirios  
unos enormes y dolientes cirios  
al pie del lecho de un monarca muerto.

Entonces solo, ante la extraña magia  
de tu encanto nocturno, el alma mía  
no sé por qué se llena y se contagia  
de toda tu ideal melancolía.  
Y acude presuroso a mi memoria  
el drama inútil de mi pobre historia:

Todo lo que pasó, mi fe de niño  
pura como un cristal radiante y terso,  
mi amor primero, mi primer cariño,  
la tierra ausente y el hogar disperso.  
Y ante la luz con que tu faz revistes,  
pienso en una mujer de hondas pupilas  
como tú, grandes, como tú, tranquilas,  
y como tu, divinamente tristes...

Adiós!... Te hablé de la ciudad bañada  
por tu espesa corriente aletargada  
en la quietud profunda de un remanso...  
De la ciudad que a ti se inclina como  
si se inclinara sobre el ancho lomo  
de un gran león adormecido y manso.

---

## DESCONOCIDA

Te espero ha tiempo: misterioso velo  
sobre tí flota en mis ensueños raros...  
¿Son rojos, son oscuros o son claros  
los sedosos raudales de tu pelo?  
Manos: ¿sois níveas alas de consuelo,  
o ardió un fuego infernal para forjaros?  
Ojos: ¿sois dos abismos o dos faros  
que han de alumbrar los mares de mi anhelo?  
¡Nada sé!... ¡Nada sé!... Todo lo ignoro...  
Acaso el hondo grito en que te imploro  
has escuchado tú también... ¡Acaso  
por un verde recodo del camino,  
viniste a mí con tu perfil divino,  
y me aparté para cederte el paso!



Sólo te ví una noche en los alcores  
de un jardín encantado... Entre la bruma  
copa de los arbustos había una  
orquestración de pájaros cantores.  
Un cisne con sus remos tembladores  
rompía la quietud de una laguna...  
Arriba, luna con olor de flores...  
Abajo, flores con claror de luna.  
Y apareciste. No recuerdo nada...  
Ni líneas ni contornos... Tu llegada  
fue imprecisa visión de un dulce halago.  
Sólo sé que era tuyo y eras mía,  
y que tu amor hacia mi amor venía  
como un perfume misterioso y vago!...

Entonces clamé así: desconocida  
bienamada, esperada? Deseada:  
hace tiempo aguardando tu venida  
está mi juventud arrodillada.  
Acércate a la noche de mi vida...  
No desdeñes la ofrenda consagrada  
de esta sangre que corre enloquecida  
pero por el dolor purificada.  
Ven y mi grito de pasión escucha:  
¡sálvame en los embates de la lucha!  
¡y deja que mis labios atediados  
reposen cual viajeros fatigados  
sobre tu frente pensativa y blanca!

Mas tú seguiste... La avenida hojosa  
ni siquiera crujió bajo la breve  
aristocracia de tu paso, leve  
como un aletear de mariposa.  
Enigmática, lenta, silenciosa,  
noche los ojos y las manos nieve,  
te hundiste en la penumbra en que se mueve  
el alma de la vida misteriosa.  
Nada quedó: ni cisne, ni laguna,  
ni canto de ave, ni claror de luna...  
¡Únicamente en el jardín sedeño,  
la flor de mi ilusión rodaba trunca!  
¡entonces, comprendí que eras un sueño,  
y que no habría de encontrarte nunca!

---

## CANTO A GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ

Hace un siglo... Fue una noche... Mayo fresco sonreía...  
pero en medio a tal silencio que la tierra parecía  
fascinada en el misterio de un encanto inacabable;  
era aquel recogimiento que a los hombres transfigura  
y suspende las febriles pulsaciones de Natura  
a la hora en que el milagro va a surgir de lo insondable...  
Quieto el viento en los ramajes... En los trémulos espejos  
de las aguas, sólo un vago suspirar... Mudas las fieras  
sondeando en sus cubiles las penumbras agoreras  
con sonámbulas pupilas de metálicos reflejos...  
En la hora consagrada de fantástico prestigio,  
bajo cargas orientales de leyendas y de ensueños  
meditaban encorvados en espera del prodigio  
los sombríos elefantes de los Andes antioqueños...  
y aquietando la soberbia majestad de aquellas turbas  
de gigantes fabulosos, blanca luna en un desmayo  
de violáceas palideces, resbalaba por las curvas  
colosales... Fue una noche, sonreía el mes de mayo...:

Era Antioquia, plena y fértil, esa noche como una  
blanca cuna...  
Los helechos y los musgos y el gramal entretejido  
le formaban tibio nido  
perfumando con efluvios de los húmedos boscajes,  
y las nieblas con sus franjas caprichosas e indistintas,  
en sus flancos de esmeralda se anudaban como cintas  
o colgaban por sus combas como blancos cortinajes.  
Qué esperaba...? De repente  
de la abrupta serranía tras las últimas escalas,  
entre velos temblorosos recamados de esplendente  
pedrería,  
destacóse, blanca y pura, la divina poesía  
agitando levemente los plumones de sus alas...

Y a los campos que dormían sosegados bajo el manto  
de la noche muda y quieta,  
despertó con este anuncio que ondulaba como un canto:  
Alegráos... Alegráos... que hoy nació vuestro poeta!

Hoy nació vuestro poeta!... Murmuraron las cañadas  
con la cándida frescura de sus bocas perfumadas...  
Hoy nació vuestro poeta!... Por los cóncavos peñones  
gritó el viento en la garganta de los fríos boquerones.  
Hoy nació vuestro poeta!... Preludiaron las orquestas  
de las aguas palpitantes... Y en las líricas florestas,  
en los montes y en los valles y en el hosco rocadal,  
inundaron el espacio con un júbilo sonoro:

los inquietos arroyuelos en sus cítaras de oro;  
el torrente en los bordones de su límpido raudal;  
las cascadas en los tubos de sus órganos gigantes;  
y los ríos armoniosos en sus liras de diamantes,  
y las fuentes suspirantes en sus arpas de cristal!

Fue un delirio de armonías y de canto!... La alborada  
asomó tras de los montes su sonrisa encantadora;  
y la diosa poesía con la vesta salpicada  
por los ópalos diluídos a los besos de la aurora,  
Alegráos!... Alegráos!... Dulcemente repetía...  
Y agitando los plumones de sus níveas alas bellas,  
fue perdiéndose en los aires entre el canto que subía  
y el claror que descendía de las últimas estrellas!

Como virgen bajo el beso pasional del elegido  
palpitó la tierra ansiosa cuando el bardo prometido  
surgió alegre, fresco y ágil, como un dios adolescente:  
en los ojos, la serena majestad de la montaña;  
verdes pámpanos en torno de la noble y vasta frente  
y en las manos la divina flauta rústica de caña.

Era el hijo de las selvas!... Franco joven que en la dura  
y amplia costa de la sierra virginal hincó la planta...  
Huracanes le arrullaron en las noches de pavora  
y los senos de las cumbres con su leche etérea y pura,  
le colmaron la garganta...

Le embriagaron los olores de las fértiles besanas...  
Peinó el viento sus cabellos... El resol doró sus músculos;  
desde el pico de los cerros floreció con las mañanas,  
meditó con las estrellas y soñó con los crepúsculos.  
Vagó errante por las sendas nemorosas y escondidas,  
reposó con las vacadas que sestean en el llano...  
Se durmió bajo la tienda de las copas florecidas  
y bebió de los torrentes en el cuenco de la mano.

Se detuvo en el camino bajo el techo solariego,  
cuando al toque de oraciones los atléticos varones  
que retornan del trabajo se reúnen junto al fuego...  
En las bíblicas veladas departió con el labriego,  
entre tanto que sus dedos desgranaban la simiente.  
Y en los místicos instantes, unió al coro sus plegarias,  
a la hora en que se esfuman las montañas solitarias,  
y los niños fatigados se doblegan dulcemente.

... Y cantó: la melodía de su agreste flauta encierra  
la epopeya y el idilio, la ternura y el coraje...  
Regio vino que contienen frescas ánforas de tierra,  
mármol griego bajo el bosque de la América salvaje...



Absorvieron sus estrofas en sus cálices fragantes  
toda el alma que circuyen los inmensos horizontes,  
tal así, como recogen las parásitas distantes  
el silencio, la frescura y el perfume de los montes.  
Allí quiebran lentos pasos el sopor de la maraña;  
allí aroman los helechos bajo el claro de la luna,  
allí se oye el parloteo con que alegra la cabaña  
el cachorro sonrosado que alborota entre la cuna.  
Allí cantan sus endechas las ingenuas montañeras  
a la vera del arroyo sacudiendo los pañales.  
Allí fulgen como copos de las candidas neveras  
las flotantes cabelleras de los viejos patriarcales.  
Allí riega sus claveles la doncella campesina  
y se dobla ruborosa como un lirio sonrosado,  
cuando, igual que ágil bejuco que se enreda de la encina,  
ciñe el torso esbelto y fuerte del gañán enamorado...!

Cuán hermosa! Las mejillas como flores mañaneras;  
en la boca el tibio aliento de los tiernos recentales;  
con la tinta del mortíño dibujadas las ojeras;  
como curvas de la sierra las caderas virginales!  
Es la gloria de una raza! Manantial de donde viene  
el vigor inagotable de la estirpe recia y brava!

Salve, virgen de los campos!  
El poeta se detiene,  
y los ojos errabundos un instante lejos clava...  
Qué contempla entristecido? Mira un río cuyas ondas  
turbias saltan entre rocas desflecando sus espumas;  
y más lejos, alba y sola, como un ave de albas plumas,  
que reposa sosegada medio oculta por las frondas,  
ve la casa de sus padres. Un adiós tiembla en su Canto...  
Desde el alma de la flauta que angustiada se levanta,  
una nota sube lenta!  
Y se hermanan las visiones entre nébulas de llanto!  
Mas de súbito se trunca la nostálgica armonía  
en un ritmo poderoso que hincha el ámbito sonoro,  
y traspasa la cimera de la vasta serranía  
horadando los espacios cual vibrante flecha de oro.

Por la curva de la senda que ante el bosque se repliega  
como sierpe que escudriña la espesura con asombro,  
una tropa de membrudos montañeses lista llega,  
en el cinto los machetes y las hachas en el hombro!...  
Por el hosco laberinto, como antiguos caballeros  
se aventuran arrogantes, desnudando los aceros...  
Como al soplo irresistible de la trágica borrasca  
tiembla el monte, se doblegan los arbustos altaneros,  
retroceden los abrojos... Lentamente la hojarasca  
sobre el campo descubierto va tendiendo densa alfombra

y en las bóvedas oscuras con radiantes molinetes,  
desgajando los bejucos centellean los machetes  
como peces plateados en océanos de sombra!  
Vibra el canto tremolando bajo el cielo en una racha  
de emoción. El eco trae del bosque truenos roncoss,  
entre tanto que incesantes cabrillean en los troncos  
de los árboles más altos los relámpagos del hacha...  
Y al rendirse lentamente los gigantes soñadores,  
se diría son augustos sacerdotes de una rara  
deidad pródiga del monte que se inclinan sobre el ara  
ofreciéndole anchos cestos de esmeraldas y de flores!...

Sube el canto, sube... sube...! Soplo trágico lo inflama  
sacudiéndolo a manera de una antorcha... el fuego brama;  
sobre el tallo de las lianas se revuelve en los rastros  
como fiera acorralada; se desprende en flecos rojos  
como pétalos sangrientos de las ramas crepitantes,  
y en los troncos calcinados de las ceibas milenarias,  
por los huecos carcomidos flota en llamas ondulantes,  
y son lenguas de dragones en las grutas legendarias...!  
Huyen lejos de la selva los monteses animales  
aguijados por espuelas de reflejos infernales...

Locos pájaros cegados de pavor, giran en torno  
de sus nidos, dilatando las pupilas espantadas;  
y silvando, se retuercen las culebras inflamadas  
y son trémulos collares que se funden en un horno...!  
Ahora el ritmo se hace dulce y es un roce de caricias...  
Va a cantar el laude eterno cuando bullen las primicias  
en la entraña inagotable de la tierra —fértil hembra—  
que nos brinda sus tesoros en la copa de sus senos  
y sonrío en su divina gestación por los morenos  
labios tibios de los surcos fecundados en la siembra.

Canta el ritmo los poemas  
que musitan blandamente los botones y las yemas  
al brotar sobre los tallos como broches de esmeralda!  
Canta el beso de las hojas; de las cañas el arrullo,  
la opulencia de los granos y la gloria y el orgullo  
de la espiga que se mece sobre el dorso de la falda!  
Es el canto de un gran pueblo que en la vasta sierra copia  
la epopeya de la vida que florece del dolor!  
Es el Himno que entre selvas hace tiempo escribe Antioquia  
con la pluma de las hachas empapadas de sudor!

Cesó el canto! Pero el eco palpitaba y ascendía...  
Y en las almas, como el timbre de un cristal, quedó vibrando.  
El cantor se hundió en las sombras y aquel eco persistía...  
Han pasado veinte lustros y resuena todavía...  
Y otros ciento... Y otros ciento y lo oiremos resonando!...

## EL TORO

En la ardorosa tarde de verano  
que purpurea en el gradual sonoro,  
inmóvil, mudo se destaca un toro  
sobre una altura que corona el llano.

Su ancha testa de porte soberano  
yergue con gesto de imperial decoro,  
parpadeando bajo el polvo de oro  
que vierte el sol desde el confín lejano.

Y, como un rey en actitud apática,  
que acaricia su barba aristocrática  
en el retiro de una estancia sola,

Así aquel toro, majestuoso y lento,  
con rítmico y solemne movimiento  
se golpea los flancos con la cola.



## ANTIOQUIA QUERIDA

Antioquia querida, terruño adorado,  
urna de mi alma:  
quisiera el gorgojo de todas tus aves,  
el blando murmullo de tus fuentes claras,  
el áureo repique de los campanarios  
cuando vuela el Angelus sobre tus cañadas  
como una paloma que lleva en el pico  
un pálido ramo de humildes plegarias...  
Quisiera el rasgueo sonoro del tiple,  
y el tenue punteo de l'ágil guitarra  
cuando en tibias noches los enamorados cantan sus **quereres**  
soñando en un beso que estalla en la sombra  
desde una ventana...  
Quisiera los cantos de las lavadoras  
tendiendo las ropas al sol de la playa;  
los aires alegres que silba el arriero,  
la copla del boga que surca las aguas,  
la trova armoniosa que estalla en la mina  
y la endecha suave, plena de ternuras en llanto **mojadas**  
que entonan sonrientes meciendo a sus hijos  
las madres que arrullan entre tus montañas...

Dáme las blancuras de las nieblas húmedas  
que en jirones suben, como el frío aliento de tus hondonadas;  
dáme el verde claro de los musgos frescos,  
de las moras dulces la encendida grana,  
las hoscas negruras del hórrido abismo,  
y el tinte de ensueño que unge las parásitas...

Dáme los matices, pompa de los seres  
que en tu seno bullen, y vuelan y saltan...  
Los que son mosaicos en los colibríes,  
los que son cristales sobre las escamas,  
los que ondulan trémulos cuando la culebra  
entre la penumbra del bosque resbala,  
como un diminuto girón de arco iris  
que se desvanece bajo la hojarasca...

Dáme el colorido con que el sol derrocha  
sus juegos de artista sobre las espumas,  
en los arenales, bajo la enramada;  
aquí, es una sombra bordada de oro;  
allí, una aérea laguna de nácar;  
más allá fulgura como mil pupilas  
en la espesa copa de verdor cuajada;  
ahora, convierte los troncos asbeltos  
en columnas de una sugestiva Alhambra,  
y es, más tarde, enorme lengua enrojecida  
que lamiendo el suelo lúbrica se arrastra,  
tornando en rubíes los toscos guijarros  
y en chorros sangrientos los hilos del agua...

Anhelo el aroma del jardín florido  
junto a la cabaña;  
el olor que brota de los verdes choclos  
al jugar las brisas en las madrugadas;  
el acre perfume que de los trapiches  
surge cuando rueda el jugo de la caña,  
el sutil aroma de vainilla seca  
que acaricia el traje guardado en el arca  
y el perfume sano que flota el domingo  
cuando las doncellas, con su ardar menudo para el templo pasan...

Anhelo el aroma de las sementeras,  
las emanaciones de la negra tierra,  
el olor fecundo de frescos racimos,  
de frutas maduras, de espigas doradas,  
y el vaho del monte y el de los helechos,  
y el de los rastrojos y el de las sabanas...!  
Todas las esencias que en tí se contienen  
como en un enorme vaso de esmeralda!

Después, tierra mía, que hubiese juntado  
todos los tesoros que espléndida abarcas,  
todos los colores, todos los perfumes, todos los sonidos  
que opulenta guardas,  
quisiera mi mente forjar un poema,  
un hondo poema de armonías raras:  
delicioso y suave como una caricia,  
ruinoso y altivo como una borrasca,  
para luego, Antioquia, irlo deshaciendo,  
irlo deshaciendo... hasta que rodara  
por sobre tus flancos tumutuosamente,  
en un loco vértigo, como una cascada  
de luces y flores, de aromas y cantos,  
de truenos y arrullos, de risas y lágrimas...!

Antioquia querida, terruño adorado,  
urna de mi alma:  
cuando tristemente se cierren mis ojos,  
cuando, al fin vencido, para siempre caiga,  
recóge mi cuerpo, guárdate mis huesos, bébete mi sangre...  
para que girando por el ancho círculo  
en que evoluciona la materia humana,  
revienten en rosas sobre tus mejillas,  
fuljan en el oro del grano que brota tu fértil entraña,  
irisen las plumas del ala que bate por sobre tu frente,  
asciendan al cielo desde tus pupilas  
en una ligera nubecilla pálida,  
tejiendo así entonces ese hondo poema  
que para ofrecerte mi mente anhelara,  
ese hondo poema que sobre la muerte  
escriba la vida luminosa y santa!

---

## LAS CANAS DE MI MADRE

Madre: Como el aroma de una reliquia antigua  
llega a tí mi recuerdo. Pero no es la adorable  
ternura de tu acento que al dolor apacigua,  
ni tus manos de seda, ni tu beso inefable,  
ni las grandes violetas cuya enorme tristura  
al redor de tus ojos el insomnio dilata:  
¡Es tu níveo cabello que en tu ausencia fulgura  
como el pálido brillo de una joya de plata!

He aquí por que mi espíritu se ha tornado un santuario  
en esta hora plena de hondo recogimiento.

Mi amor, mi amor inmenso sacude su incensario,  
oficia tembloroso de unción mi pensamiento,  
salmodian mis estrofas sus cántigas sencillas,  
sacuden los recuerdos sus místicas campanas  
y todas mis tristezas se encuentran de rodillas  
orando ante la hostia divina de tus canas.

Tus canas me entristecen... Tus canas, madre mía,  
revelan esa misma fatal melancolía  
oculta en las pupilas de aquellos soñadores  
que erraron por el mundo —cansados peregrinos—  
y vieron el desfile de todos los dolores  
y saben de la angustia de todos los caminos.

Porque también tus canas conocen la amargura  
suprema de la vida. La luminosa albura  
con que tu frente ingenua de majestad revistes,  
en medio de los hombres, entre el turbiÓN humano,  
surgiendo fue, surgiendo como esas flores tristes  
que brotan temblorosas en medio del pantano.

Por eso amo tus canas: tus hebras plateadas  
son tus congojas hondas, tus hondos desengaños,  
son tumbas en que yacen por siempre sepultadas  
tus ilusiones muertas al golpe de los años.

Las amo porque pienso que son la más sincera  
prueba de tu cariño: que acaso la primera  
de esas hebras piadosas que en tus sienas luciste  
brotó cuando callada, trémula y dolorida  
te doblegaste triste, sublimemente triste  
rindiéndote al milagro fecundo de la vida!  
Las amo, porque muchas de esas canas hicimos  
brotar los que bebimos el jugo de tus senos...

Las amo porque —esclavos de la pasión— no vimos  
que se tornaban blancas para tornarnos buenos.  
Las amo, porque en ellas limpio mi pensamiento;  
porque me purifico con su glorioso encanto;  
porque en las tempestades del arrepentimiento  
sobre ellas han caído las gotas de mi llanto.

Por eso las adoro...! Quisiera en mi ternura  
tenerlas en mis manos, besarlas con locura,  
ceñirlas a mi pecho con févidos desnudos,  
y envuelto en esos tenues resplandores de **armiño**

dormirme blandamente, como cuando era niño,  
con sus manojos blancos temblando entre mis dedos!

Lejos de tí, si en busca del ideal me muevo;  
solo, o entre el tumulto de las masas humanas,  
tal un tesoro enorme, por todas partes llevo  
conmigo el adorado recuerdo de tus canas.

Las veo en crenchas sueltas rodar sobre la cuna  
donde gorgean tus nietos que sonríen al verlas,  
así como sonríen cuando ven a la luna  
soltando en los espacios su clámide de perlas.

Las veo en el instante de un dolor imprevisto,  
al pie de los altares, entre penumbras vagas  
poniendo un beso blanco sobre las rojas llagas  
que adornan las dolientes imágenes de Cristo.

En el silencio grave de las alcobas **plenas**  
de oscuridad, si pasas con blando ruido apenas,  
cual si tus pies pisaran sobre mullida alfombra,  
las miro destacando su nítido albor leve  
como una mariposa de nácar y de nieve  
meciendo fatigada sus alas en la sombra.

Y allá sobre el sepulcro de seres adorados  
cuando te encorvas, trémula, para llorar tu suerte,  
tus canas son un ramo de lirios desmayados  
rendidos en los trágicos jardines de la muerte.

Madre: llegará el día; pronto, muy pronto acaso  
en que al cerrar tu vida su immaculado broche,  
el brillo de tu pelo será como el ocaso  
de un astro, en los oscuros abismos de la noche.

En esa hora, díme: ¿quién me atará a la vida  
como me ataban esas dulcísimas cadenas?  
¿en qué cojín mi frente se posará rendida?  
¿en qué nido más blando se adormirán mis penas?

No, Madre. Tus cabellos no han de morir. Yo espero  
que aún desde lo eterno con su fulgor divino,  
serán en mis angustias el faro de un lucero  
mostrando en las tinieblas las curvas del camino.

Cuando en la noche vague sin rumbo, desolado,  
cuando espantosamente luche conmigo mismo,  
cuando el deseo eterno, rebelde encadenado  
me empuje con sus alas oscuras al abismo,  
cuando adivine el soplo mortal de la tormenta  
del odio, que en el fondo de todo pecho late,  
cuando mi mano se alce para vengar la afrenta,  
entonces, como lienzo que en medio del combate  
pidiendo tregua surge de un monte sobre el flanco,  
así verá mi espíritu, pronto a caer vencido,  
flotar desde la tumba, pidiendo amor y olvido,  
la triste seda pálida de tu cabello blanco.



cuando en la noche vague sin rumbo, desolado,  
cuando espantosamente luche conmigo mismo,  
cuando el deseo eterno, rebelde encadenado  
me empuje con sus alas oscuras al abismo,

cuando adivine el soplo mortal de la tormenta  
del odio, que en el fondo de todo pecho late,  
cuando mi mano se alce para vengar la afrenta,  
entonces, como lienzo que en medio del combate  
pidiendo tregua surge de un monte sobre el flanco,

así verá mi espíritu, pronto a caer vencido,  
flotar desde la tumba, pidiendo amor y olvido,  
la triste seda pálida de tu cabello blanco.

cuando en la noche vague sin rumbo, desolado,  
cuando espantosamente luche conmigo mismo,  
cuando el deseo eterno, rebelde encadenado  
me empuje con sus alas oscuras al abismo,

cuando adivine el soplo mortal de la tormenta  
del odio, que en el fondo de todo pecho late,  
cuando mi mano se alce para vengar la afrenta,  
entonces, como lienzo que en medio del combate  
pidiendo tregua surge de un monte sobre el flanco,

así verá mi espíritu, pronto a caer vencido,  
flotar desde la tumba, pidiendo amor y olvido,  
la triste seda pálida de tu cabello blanco.